

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

Tres Poetas

de la Música

LA OBRA DEL DOMINICANO

Max. Henriquez Ureña

(2ª Edición Aumentada y Corregida)

Quito — Ecuador

TALLERES GRAFICOS DE EDUCACION

1 9 4 2

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

TRES POETAS DE LA MUSICA

LA OBRA DEL DOMINICANO

MAX. HENRIQUEZ URESA

(2ª Edición Aumentada y Corregida)

QUITO, ECUADOR

Talleres Gráficos de Educación

1 9 4 2

A su querida hermana,

ROSA ANDRADE COELLO de CUZAKIS,

que ha vivido muchas de estas páginas, las dedica, muy cariñosamente, como recuerdo de sus estudios musicales en Quito, Nashville (Tenn) y Nueva York,

su hermano,

A. A. C.

TRES POETAS DE LA MUSICA

I

En dulcisona velada de estilo, complácese mi hermana en interpretar, al piano, fragmentos de Chopin, Grieg y Schumann. El alma se siente como saturada de la infinita melancolía que solloza aquella música escrita por delicados corazones que amaron mucho y que sufrieron más todavía, víctimas de la tremenda punzada que padecieron por la patria: después de servirla con su genio, la lloraron lágrimas de arte.

—No sé por qué algunos murmuran que la música de Chopin es superficial, observa mi hermano. Quien conoció a fondo los secretos del ritmo, el efecto de los pedales y salió de la rutina en su digitación, no puede ser superficial.

Los circunstancias le insinúan que continúe la ejecución de otras piezas del mismo autor. To-

ca algunas Polonesas y los Neturnos señalados con los Nos. 1, 5, 7, 13, 15, y el "Póstumo". Las inexplicables emociones que recibimos, y el silencio que reina después de cada intervalo, nos va sobrecogiendo hasta abrumarnos de tristeza. Pensamos en otros países, en afectos distantes, en murmullos pasionales, en sollozos comprimidos, en la ensombrecida oscuridad del cielo, en rocas y lúpicos ajados, en romanzas que de pronto se interrumpen con los suspiros.

Flota en el recinto algo del espíritu del ilustre varsoviense, mago del rubato, "creador de la música nacional". Se diría que los ánimos devotos oran por la eternal quietud de Chopin, aumentado incesantemente por queridas añoranzas.

Sobre la mesa, nos invita un libro de páginas plegadas todavía. Despide el perfume de lo nuevo. Se nos antoja que la tinta está fresca aún y que tiñe nuestros dedos. Es de Max. Henríquez, Ureña, bardo de emotividad pujante. Titúlase: *Tres poetas de la música*. Ha sido publicado en la Habana. Son claras y sintéticas conferencias pronunciadas en esta ciudad, en Santiago de Cuba y en México. Le abro al acaso, como si abriera un alma blanca. Leo este pasaje, impregnado de ternura chopanesca: "Le acompañaba también la horrible obsesión de no tener patria. Su corazón era como una fragua reverberante de patriotismo. Vivía por Polonia y para Polonia. Por sus conterráneos hizo toda clase de sacrificios. Todo lo que llegaba del suelo natal era acogido por él con delirante afecto "

Junto con las sentidas palabras del poeta de Anóras, fluye por la sala, con temas del característico y interpretativo, la melodía de Chopin, de maravilloso pedaleo y audaz gimnasia de los dedos.

—Esto nada tiene de frívolo, sino de muy hon-do, musita mi hermana, acentuando su idea dominante. Díganlo si no sus numerosos biógrafos y críticos, entre ellos, junto con F. Iribarte, uno de los más modernos que ha condensado la

materia con ufana nitidez y magnífica devoción: Max. Henríquez Ureña.

Acatamos el juicio, por la profunda emoción que lo comprueba, tanto la despertada por el clamoreo del piano, como la que se desprende, al refrescar la biografía de Chopin, del esencial libro.

Sobre el atril, están las obras del atormentado músico

—Aquí palpita, agrega, lo lírico, lo heroico, lo dramático, lo sentimental, lo deslumbrante, lo grandioso, lo sencillo. Por esto, suelen llamarle el poeta del piano o el de la música, como en estas tersas y jugosas conferencias le denomina Henríquez Ureña. Vierte a veces tal sencillez en la armonía, que los modernistas podrían calificarla de trivial; pero se comprende que, según la obra y según el caso, el admirable pianista ha empleado el elemento armónico disonante o el consonante, el tonal o el cromático, al contrario de ciertos exagerados modernistas que, sin tomar en cuenta las dimensiones y el carácter de la pieza, alardean de disonancias y cromatismos, al extremo de que vuelven ininteligible el sentido melódico que se propusieron desarrollar.

—Es evidente que la melodía de Chopin se caracteriza por el canto inconfundible de todas las voces, dice el Profesor del Conservatorio, de Quito, Francisco Salgado.

Al concluir de recorrer en el teclado sus mejores trozos, vamos reviviendo también las dolorosas escenas de su vida. Nos sirve de ecierone el autor de *Tres poetas de la música*. Allí sus horas de lucha, de dolor y de morbo físico y moral, emnegrecidas por la triste remembranza de una patria deshecha como Cartago. En sus nostalgias y saudades gimieron *Polonesas* y *Mazurkas*. 'El mismo Chopin cuenta que cuando, en un salón aislado del Castillo de Nohant, se sentó al piano a ejecutar su *Polonesa heroica* (Op. 53) le pareció que la cámara solitaria era invadida por los guerreros que evocaba en su canto épico, y, asaltado de terror infantil, se retiró de allí."

Se habla después de la generalización de su música y de la influencia que ha ejercido en el arte moderno.

—“La influencia de Chopin, lee mi hermana, tiene tres aspectos, pues su obra se ha reflejado directamente en tres manifestaciones distintas del arte que cultivó: en primer lugar, en la técnica instrumental; en segundo lugar, en la técnica de la composición; en tercer lugar, en las tendencias del espíritu musical. La influencia que Chopin ha tenido en la técnica instrumental se refiere, como es fácil suponer, al piano, que es el instrumento que él llegó a dominar como pocos han sabido dominarlo. No es arriesgado afirmar que Chopin es quien nos ha dado a conocer los más preciados resortes del piano, mal utilizados antes de su época.”

Aseguran que Chopin jamás se sentó al piano sin evocar primero al gran Sebastián Bach, que guió al divino Beethoven. Esto da una idea de la claridad de su composición, que abrió el camino al fecundo y revolucionario Wagner, le hizo entrever el “leitmotiv” y sacó vida y colorido de la rapidez de las modulaciones, según anota Henríquez Ureña. Como sintió la música que componía, no hay en él afectaciones, ni deslumbramientos altisonantes, ni aparatos ruidosos, ni títulos llamativos. No es rimbombante con el nombre de las piezas ni en las estrépitosas terminaciones. Alejó del rutilante sendero a los vales y mazurkas, creó las Baladas, se inspiró en los dolores personales y de la patria para sus creaciones, que las denominó genéricamente, sin especializarlas con extraños bautismos, úleo a las veces pedantesco.

Wagner, que consideró a la música como un ángel bueno, decía que no era posible concebir el divino arte sin el amor, porque la música personificaba a una mujer. Tal el espíritu de la de Chopin. Amó con elevación, de ahí que su música, de la que se desprenden nobles sentimientos, es como si prestigiara una delicada alma femenina, heroica en ocasiones, cuando transparenta las energías del patriota de arranques genuinamente nacionales.

Por el espacio viajan los acordes de la *Gran Polonesa*, como un resumen de sus recónditas tristezas por el hogar común y por el de su corazón, vacíos ambos.

Con justicia, el divino Shelley prorrumpe en este sentido apóstrofe: "¡Música!, llave de plata que abres las fuentes de las lágrimas, donde el espíritu bebe hasta que la mente se extravía; suavísima tumba de mil temores y alarmas, donde su madre la Inquietud, semejante a un niño que duerme, reposa adormida entre flores" ..

¡Oh, música eterna! ¡Oh, cosmogónica armonía de las almas! ¡Oh, música!

II

Otro bardo de la música y vehemente patriota es Grieg. Nacido en un poético país poblado de skaldas y de sagas, que por tradición ama la libertad con entusiasmo revolucionario, es el director y dilecto representante de la música nacional, con todas sus heroicas aspiraciones, con todos sus ideales de emancipación. Este independiente artista ennobleció los bravos y rudos cantares de su pueblo escandinavo, suavizó sus rígidas runas.

Desde el comienzo de su historia, Noruega ha producido espíritus rebeldes que han derramado en el arte un torrente cívico de inspiración. Díganlo si no los indomables patriotas que fueron al exilio voluntario por no someterse al dominio del rey Harald Haarfager.

En su rica literatura, que está iluminando a la fatigada Europa, y reconfortándola, se unen, a las ideas altivas, fuertes y nacionales del capital dramaturgo Ibsen, las del vate y socialista Bjornson, ameno narrador al mismo tiempo de las escenas bucólicas noruegas. Sus múltiples poetas, entre ellos Sagen, Storm, Munch, Andrés Olsen, Conrado Schwach, surgen por su ardiente soplo de hegemonía patria. El satírico Cristóbal Randers alza, como bandera de combate, la famosa y vieja sentencia: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*. Wergeland y Welha-

ven, enarbolaron el estandarte separatista, en franca protesta contra el arcaico predominio danés. Sus mejores armas fueron la poesía y la tradición. Probando están el *Stenlaiv* trágico, del primero, y el legendario San Olaf, del segundo. En los cuentos de Asbjornsen y Moe, empapados en la vida del campo, vive el pueblo noruego con plasmante naturalidad y adorable sencillez.

Con razón el dramaturgo Enrique Bjerregard, que copió muchos tipos nacionales en su *Aventura de los montes*, para la que el compositor Waldemar Thrane escribió deleitable música, repetía en su Canto nacional de Noruega: "El recuerdo glorioso de nuestros antepasados se despierta cada vez que pronunciamos el nombre de nuestro hogar."

Aquel férreo doctor Stockman creado por Ibsen, se diría que está personificando a Noruega: en medio de la grito fenomenal y entre las provocaciones de la multitud, de ésa que sólo acaricia el logro personalísimo, aislado, alejado de todos, independiente y batallador, obedece a su conciencia y sienta esta máxima: "El hombre más fuerte es el que se queda solo."

El himno nacional noruego, de Bjornson, que Nordreek armonizó, empieza con férvido amor al "país surcado y mordido por el viento" y a sus múltiples hogares: recuerda a nuestro padre y nuestra madre en la noche de la Saga, "que hace descender los ensueños sobre la tierra."

Así, patriótica como esta lozana literatura, es la música de Grieg, que revela el sello de la raza y el genio de su suelo nativo.

"Es el alma nacional—dice con cálido verbo, rebotante de poesía, Henríquez Ureña—la que también prorrumpe en nostálgicas explosiones de viril melancolía al verse transportada al programa por Grieg. Nunca había vibrado con tanta enérgica espontaneidad. Nunca había tenido acentos tan fielmente suyos, tan puros y originales. Nunca se había revelado de manera tan precisa y vehemente.

"Grieg es Noruega. Grieg es el fiord, lleno de augusta calma, aunque irritado a veces por el

soplo de la tempestad. Grieg es la montaña enhiesta, cubierta de nieves en su cima y alfombrada de flores en su falda. Grieg es el paisaje helado de las sierras del Norte, llenas de silencios intermitentes que se quiebran con el fragor de los aludes. Grieg es, en fin, un pueblo, una nación, una raza que, bajo la influencia singular de un clima maravilloso, se desenvuelven en el lenguaje de la armonía con el arrastre de sus impetus étnicos, con el prestigio de su tradición y de su historia."

Nacionalizar el arte es áurea llave para la inmortalidad. Lo que en España ha hecho el erudito Felipe Pedrell con su ópera *Los Pirineos*, tan reglamente analizada por Rafael Mitjana, efectúa en el Ecuador Sixto M. Durán con su *Cumandá*, que revive los dolores de una raza, los esplendores de la civilización incásica y los cantares del pueblo ecuatoriano.

A Pedrell le vino el estímulo de afuera, después de burlas y contratiempos que aplazaron por diez años el estreno de su típica música que encierra el alma española desde sus tiempos legendarios. ¿Sucederá otro tanto con el Dr. Durán?

En la mayoría de los casos, el propio país suele ser adverso al genio. Cosecha de desencantes y burlas, en vez de laureles, año tras año, enriquece el granero de los sufrimientos. Pero el triunfo le viene de muy lejos: los extranjeros le forman aureola de inmortalidad. Fue necesario que los Moskowsky, los Cui, los Van der Straeten, los Tebaldini, los Bossi, los Herwey, los Béllaigne, los Lalo, los Soubrés, los de Curzon elogiaran ruidosamente a Pedrell para que callasen los Peña y Goñi que nunca faltan en la tierra de cristianos para oponerse al éxito de los autores nacionales. Rara vez dejan subir el nivel los contemporáneos de casa adentro. Ojo al que se empina, para echarlo pronto a tierra, es la empresa de los envidiosos, en la estrechez del solar vernáculo.

Es preciso recordar aquí lo que siglos atrás consignó Antonio Eximeno, llamado por los valencianos el Newton de la música: "Sobre la ba-

se del canto popular debe construir cada pueblo su sistema artístico."

No de otro modo procedió Grieg, al que admiraba Liszt. Inspirado en el sentimiento de su pueblo, supo interpretar, con profundo análisis, lo que musicalmente constituía su esencia, poniendo él su originalidad y su genio. No coleccionó cantos: penetró en el alma noruega para estudiar su constitución y vaciarla, con estruendo y novedad, en el pentagrama.

"Si el arte vence cuando conmueve, cuando es la verdadera y sintética expresión de nuestro sentimiento. ¿por qué tomar la más ideal de las bellas artes, que debe ser objetiva, en exclusivamente abstracta y subjetiva?", pregunta C. Martínez Rücker, al discurrir acerca de La herencia de Wágnér. "El estudio no debe destruir la sensibilidad. Los esfuerzos intelectuales por obtener determinados efectos y las trascendentales lucubraciones de compositores exaltados, tan sólo seducen a los fanáticos modernistas; mas no merecen el favor general, porque no responden al sublime concepto del arte."

Por esto, motejando Pedrell la música de programa, resume su credo así: "Quizá se caerá un día en la cuenta de que el campo de acción de la música es el alma, sólo el alma."

Nada de música de programa en los poetas del divino arte, que explotaron la mina de sus sentimientos: Chopin, Grieg y Schumann.

—Predominan en las obras del célebre compositor escandinavo los elementos armónico, diatónico y cromático. Su melodía está fijando casi siempre el carácter del país que le vio nacer: revela su originalidad, su poesía y la delicadeza de estilo, propias de la música popular comprendida por el genio. En sus coros y composiciones para órgano, más que en las destinadas al piano, se admira al gran contrapuntista, digno discípulo de Moschèles, Hauptmann, Richter, Wenzel y otros no menos respetables maestros, y, sobre todo, de Ricardo Nordraak. Las Piezas líricas están aromadas de la pura esencia del sentimentalismo, de la espontaneidad simpá-

tica y de la inmarcesible musa, amplifica mi hermana.

Como en vergel trasplantado de Noruega, resaltan las ternísimas flores musicales de Grieg, de exótica fragancia, y queda discurriendo por el espacio la suave voz que entona las excelencias de la Primavera.

En seguida, se queja su hermosa Balada, escrita "con sangre de su corazón, en días de desesperanza y de tristeza", según declaró Grieg, y cita el hondo crítico musical Henríquez Ureña.

III

Chopin, músico nacional, nostálgico de la patria; Grieg, fomentador de la música nacional, también gran patriota; Schumann, más filósofo que ambos, ama a su Alemania romántica y se empapa en su literatura caballescaca y en la evolución de su pensamiento, con Kant, Hegel, Fichte. No se sospechaba aún la aparición del genial loco Nietzsche—el predicador del superhombre—que llevaría a su nación por los campos de la fuerza y del exterminio . . .

Ejecuta mi hermana algunos fragmentos de Schumann.

—En la más diminuta de sus composiciones—cual en el Album dedicado a la juventud—se encuentra elevación de ideas y soplo nuevo en la armonización. El claror y franqueza melódicos, la originalidad, el ahondamiento bello en la expresión de su pensar, son cualidades que resaltan en la música de Schumann. Abarca su obra todos los géneros. Los destinados al piano, se caracterizan por la concentración de las ideas musicales, en medio de diversos y deliciaos matices: cada página es un cuadro de pasión; cada acorde, un pensamiento; cada nota, un alba roja de promisiones, dice, con calor, un dilettante que platica en la velada.

—El simpático escritor Max. Henríquez Ureña se pregunta si cabe expresar ideas en música, plantea otra afielonada: la suave poetisa María Ester Cevallos, de alma tan delicada.

—Fíjense que el crítico dominicano contesta afirmativamente,—responde mi hermana—sino cuando se haya creído que el arte divino sólo despierta emociones.

—Es evidente que éstas se compenetran con los pensamientos. Quien piensa siente. La emoción armoniza con la inteligencia y se vierte en ideas abstractas. Es un vaporoso lenguaje, saturado de dulces idealidades, que el misterio psíquico no acierta del todo a volverlas tangibles, expone un artista—filósofo, de la estival velada.

—Al través de la música de Schumann, lee mi hermana, se encuentra, sin embargo, una cadena tan firme y constante de ideas, que con ellas, no obstante el valor abstracto que éstas pueden tener, se reconstruye todo un credo filosófico. En la obra de Schumann se siente latir la preocupación de lo trascendental. De ella se desprende, aguda, persistente, dominante, una interrogación formulada a la faz de las eternidades."

—¡Magnífico!, exclama el diftante. Entre los numerosos biografos de Schumann, como Recio Agüero, por ejemplo, no encuentro una manifestación tan convincente como la de Henríquez Ureña.

El romántico de Zwicken, en Sajonia, fue quizá el más infortunado. A punto estoy de afirmarlo rotundamente. Chopin, Grieg, amaron y sufrieron; pero Schumann, el más apasionado de todos, fue mordido, a fieras dentelladas, por la contrariedad, hasta que se hundió el sol de su genio en un manicomio. Escritor y crítico, batalló por la estética. Amó la literatura y se exaltó con los idilios, las flores, los frutos, las espigas y los humorismos de Juan Pablo Richter. Embellecieron su alma las figuras de Nanny y Liddy, como Aurora Dupin la de Chopin, y Nina Hegerup la de Grieg. Pero nadie amó tanto como Clara Wieck. Como a su vocación se opuso el comerciante Rudel, a su amor, con tenaz ferquedad, el padre de tan angelical criatura. ¡Imagináos las tormentas pasionales, los recón-

ditos dolores, los heroísmos sin nombre de esta pareja de artistas combatida por el destino! Idolatra la música, y se le enseña el camino de la abogacía, sus manos son un tesoro para el piano, y se le malogra un dedo; su cerebro es fuente inagotable de rayos de luz, y se obscurece de súbito; su corazón es un raudal de ternezas para Clara, y se empeñan en secar la vertiente del afecto. ¿No es racional desenlace la locura, si se sufre tanto? La caldera de vapor estalla si se aumenta la tensión. ¿No fracasará la máquina cerebral con la presión del dolor? Triviales, sencillos símiles desde marras, que constituyen, con todo, la vieja y flamante tragedia del mundo.

Atravesada por la historia—va con halo de martirio y palabras de triunfo—una doliente sombra que en el arte se lleva simpatías y admiraciones: Clara Wieck. Por ella, vive Schumann; él, por ella vive Schumann. Roberto y Clara forman un sólo acorde, palpitan en una misma vibración, intensifican un ritmo único.

Conmoveras clausulas de Henríquez Ureña platan la sublimidad del sacrificio y la grandeza de ese pecho femenino. "Clara, dice, consagró al recuerdo de su esposo todo el resto de su vida. Tronchado el idilio, destrozado su corazón, rotas sus ilusiones, muerta su esperanza, aniquilada para siempre su felicidad, el deber, sin embargo, le hizo levantar la frente abatida por la desgracia. Allí, junto a ella, sollozaban también los siete hijos de aquella unión un tiempo dichosa que de súbito había sido herida por el más tremendo de los infortunios. Ella continuó unida a Roberto, más allá de la tumba, en la obra de formar esos seres para entregarlos al porvenir. Volvió a aparecer en las grandes salas de concierto de Europa. Los programas de sus recitales de piano estaban dedicados solamente a obras de Schumann, que nadie podía interpretar como ella."

¡Oh, augusta heroína, modelo de santas del hogar!

La velada de estilo termina. La dulce poetisa María Ester Cevallos recita, como un manantial

de argentinas notas, versos de unción y subjelivismo, remembranzas de la Calera, rosas y lirios villasperseños.

Quedan vibrando en la sala, como ayes diluidos en la penumbra, los acordes de esencial melancolla de los tres poetas de la música que sufrieron y padecieron mucho, por que amaron y combatieron, al són de sus áureas liras, que la posteridad no las ha olvidado en un rincón, cual el arpa que cantó el inolvidable Bécquer, "silenciosa y cubierta de polvo."

Y junto con las sentidas armonías del piano, titilan las emocionales líneas del efusivo autor de la trinidad de conferencias que revelan, con poética y honda convicción, cuanto estudió y supo comprender a tan egregios corazones el bardo de Anforas, que rezó así su elegía por Chopin, alma gemela de Shumann y Grieg:

"Y surgió imperatoria la tristeza,
coronó de laureles su cabeza
y su mente de ensueños palpitantes,
y la cruel amargura de su vida
se esparció por el mundo, convertida
en un raudal de notas sollozantes." (1)

ANFORAS

El protagonista Félix, en la obra de Gabriel Miró *Las cerezas del cementerio*, llega a creer, en la augusta hora de las añoranzas, que su alma es como sutil y delgada ánfora que rebosa de melancolla y que, al abrirla una mano invisible, derrama el encerrado vino, ese licor generoso que le dió la cepa madre, la ilusión, para mezclar su ranciedad, fuerte y dulcísima, con los nervios del soñador.

(1) Ensayo escrito en 1921. La poetisa María E. Cevallos fue, desde 1930, esposa del autor. Años después, en 1934, publicó un libro "Voces Intimas".

Tal, en análogo estado de conciencia, me sucede al leer *Anforas*, de Max. Henríquez Ureña, y más aún cuando arriba a aquel paraje, recuerdo de mejores días, que se llama *Nostálgica*. ¡Quién nos diera volver a vivir nuestra vida, rectificándola!

"Llego hasta tí, sediento y fatigado.
La escala del placer he recorrido,
y el dolor de vivir he comprendido
en la embriaguez sublime del pecado."

En la pausa de este punto, me detiene el viejo amigo a quien leo este soneto, y, ahogando un suspiro, me dice con marcada tristeza:

—Este cuarteto encierra un mundo de filosofía. Tempranamente envejecido, peinando ya canas, me ves que he vivido el doble que tú, porque aquella embriaguez sublime de la culpa, de que habla el poeta, me ha abierto muchos horizontes, me ha llevado lejos y, triturado mis años juveniles, me ha impelido a comprender la amargura del ambular terreno.

—¿Más son los días que has gozado?, pregunto al incorregible calavera de espíritu inquieto.

—Infinitamente más los que he sufrido, me responde. Cada nueva emoción, cada nuevo placer, han abierto la puerta a intensos dolores. Continúa leyendo, me ruega. Y yo concluyo así:

"¿Cómo podré calmar mi horrible hastío?
¡Envuélveme en tu suave cabellera,
y déjame soñar! ... Ah! bien quisiera
hallar en tí la dulce paz que ansío!"

Max. Henríquez Ureña es soñador. La eterna quimera consuela: confiado se entrega en sus brazos. Floto, como la arista, en las alturas del ideal, dice. Luego, al sentirse con alma pagana, agrega, dirigiéndose a Rodó:

"¡Tan sólo tú, en la calma de las playas desiertas,
finges ver reditivas a las épocas muertas,
fulgiendo entre cascadas de luz!"

Cuando muere el día, cuando en la suave hora opaca "inunda los cielos tenue claridad", exclama:

"Ilusión! ¿En donde te podré encontrar?"

Le halla en la naturaleza, a la que ama con pasión, en el encanto de las primaveras y de los otoños, en la paz generosa del campo, en la mágica voz de las montañas, en la grata sombra de los álamos, cabe la cual se recoge a meditar, admirando el fúlgido atardecer, escuchando la dulce romanza de la fontana pura y evocando los deliquios de un trágico amor ya ido, como se van las tinieblas al amanecer, como huye la neurosis cuando la alegría reina, en la quietud del goce interior, ante los primores eglógicos del mar, de la selva y la campiña.

A propósito, un alumno mío, lector asiduo de Juan Ramón Jiménez y de Villaespesa, se pone a recitar lo siguiente:

"¡Oh tú, del campo agreste, paz generosa!
¡Regazo de las églogas, tierra verdura!
¡Oh tú, heliconia avena, que en la dulzura
de tu acento, bañabas la selva hojosa!

¡Ovejas y pastores que en la dichosa
quietud os reposábais de la llanura!
Cuando ávido de libre sosiego os busco,
la realidad me hiere con golpe brusco.

¡Ya la flauta bucólica en la sombría
quietud del bosque, duerme ¡'n esperanza!
¡Eco, la ninfa, un vago gemido lanza,
llorando entre las frondas vuestra poesía!"

—En medio de su sencillez tiene sabor virgiliano, le observó, disimulando lo de "campo agreste."

—También sé yo una égloga de "Las horas que pasan", dice mi desencantado amigo, el viejo prematuro. Mas las de Henríquez Ureña me agradan mucho. Y se pone a recitarme, ya no bucólicas estrofas de Garcilaso de la Vega y de Meléndez, sino de poetas modernos.

—Como quiera que sea, nada hay tan inefable como *La vida del campo* de Fray Luis de León, agrega. Calla y suspira.

—¿Se ha fijado Ud., apunta con timidez el juvenil alumno, que la mayoría de los versos de Henríquez Ureña son endecasílabos?

—Son los más cadenciosos y mejores. Le cautiva de preferencia la norma clásica del soneto, a veces de la lira y una que otra vez las formas menores. Pero ningún capricho métrico le gusta, sin duda por haber hecho a fondo estudios de versificación castellana y porque le agrada la música selecta. Chopin, Schumann, Grieg sus predilectos. Al célebre polaco autor de los *Nocturnos*—según dije antes—canta así:

“Soñador, y cautivo de inclemente
tristeza, al plano se acercó. Sonoro
raudal de notas reveló el tesoro
de su angustiado corazón doliente.
Se agitaron en torno de su frente
alados genios, en divino coro,
los acordes poblaron el ambiente.
Y surgió imperatoria la tristeza,
coronó de laureles su cabeza
y su mente de ensueños palpitantes,
y la cruel amargura de su vida
se esparció por el mundo, convertida
en un raudal de notas sollozantes.”

—¡Con cuánta claridad versifica, y qué llaneza y vigor de espontáneas expresiones!

—Creo las mejores prendas de los poetas, murmura con desaliento mi amigo. Lo artificioso, fatiga y empalaga.

—Pueden darse primores artísticos, cual ánforas estruscas, pero allí donde no hay sencillez y sentimiento no habrá genuina poesía: el ánfora permanecerá vacía. Vistosos, pero sin alma; cinceladas con prolijidad de orfebre, pero pobres de emoción son muchas de las poesías de Rubén Darío, por ejemplo. ¿Artísticas plantas sin savia que va a entonar su corazón? Lee a Bécquer, y te emocionas profundamente; lee a

Jiménez, y lloras sin querer; lee al picaresco Campoamor, y te invaden la melancolía y la duda, cargadas de esplín, por más que te parezcan pobres humoradas y breves doloras. Supongo que tú no serás de los que le llaman prosaico y de los que ven sólo lugares comunes en él, como afirman de Núñez de Arce, el del tierno Raimundo Lullio. Tengo cuerda para más; pero a mí ¿qué se me dan, al fin y al cabo, estas cosas?

Y se marchó cabizbajo y sin siquiera despedirse. ¡Pobre y querido enfermo!

Max. Henríquez Ureña, según confiesa, ha suprimido de *Anforas* gran parte de su primera adolescencia. No obstante, juzga que fue la más sentida y natural. "Entre esas composiciones, hoy proscritas, figuran las más espontáneas y sentidas de mis primeros años de labor literaria", nos cuenta. Adorables brotes de los quince años, murmurados en salones y jardines; tempranas creaciones del "poeta del credo de amor", título con el cual su candidez juvenil se ufanaba; recitaciones apasionadas de los cafés por "muchachos que prometen", nada ha dejado en pie el poeta. Sin embargo, concluye de esta manera: "Bien sé, al cabo, que tampoco cuanto en este libro se condensa tiene otro carácter que el de ensayo. Pero, al menos, sintetiza el esfuerzo de quien cree tener ya orientación precisa, su credo, y hace, de esta suerte, su profesión de fe. En este libro están, en consecuencia, los gérmenes de mi labor futura."

Cuando la fruta—según su pensar—esté en sazón, vendrán estrechas las hermosas *Anforas* para guardar el jugo nutritivo que ennoblece la vida y alumbraba con claridades de alba al corazón, sediento de poéticas embriagueces.

Conviene que no se ignore que el juvenil poeta ha reunido en *Anforas* algunas de sus traducciones de Ibsen, Heredia, Baudelaire, Rodenbach, y otros bardos extranjeros.

Concluye *Anforas* con el conocido y bello Himno al sol de Edmundo Rostand, que Henríquez Ureña ha vertido de esta guisa:

"Tu secas en las plantas el llanto matutino
y haces, de una flor muerta, mariposa vivaz,
al caer, cual si fuesen páginas del destino,
las hojas del almendro, que el penetrante y fino
viento del Pirinco comienza a despojar.

Te adoro ¡oh sol magnífico! cuya luz, cada fren-
(te
do se posa, bendice; cuaja en miel el panal
y entrando en cada choza y en cada flor, son-
(riente
se fracciona, y, no obstante, queda íntegra y
(ardiente.
cual queda, aun repartido, el amor maternal."

Basta con el fragmento citado. Actualmente
está traduciendo los inmortales Trofeos de He-
redía. La magnitud de esta empresa es revela-
dora de las energías del poeta: ¡Qué la corone
con buen éxito el dilecto y lejano amigo, di-
rector de El Sol, de Santiago de Cuba!

UN PEREZ GALDOS DOMINICANO

De Galdós dominicano a Max. Henríquez Ureña le tratan los escritores a lo largo de la América, porque revive episodios de su patria tan intrépida, cuna de Máximo Gómez, Duarte, Luperón y "pléyade" de próceres que supieron defender su isla libérrima. Pérez Galdós, de los nuestros, es Max. Henríquez Ureña, que vivo interés imprime a cuanto describe y cuenta.

Hombre de universidad, hijo de la magna maestra y poetisa excelsa doña Salomé Ureña y del Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, médico que terminó sus estudios con brillante éxito en Europa, es hermano del célebre crítico y humanista Pedro. Su abuelo Nicolás Ureña figuró entre "los primeros poetas de su tiempo". La autora de Anacona arrancó merecidos elogios de Hostos y la denominó "sacerdotisa del verdadero patriotismo". "Su amor de Patria crece con la maternidad y lo infunde en el espíritu de sus hijos, expresa doña Silveria R.

de Rodríguez Demorizi. Dos de ellos, los escritores Pedro y Max. Henríquez Ureña, heredan las intensas y grandes inquietudes que ella sintió por su Quisqueya, y cada día, desde playas extranjeras, llega a la Patria "lejana y triste", como si fuera el eco del patriotismo de la madre, el patriotismo de tan ilustres hijos."

Ya puede comprenderse el temple de alma de Max. Henríquez Ureña con tales ascendientes y la vocación universitaria de su intelecto que tanto ha trabajado en el terso arte literario. Ha sembrado bellos ideales de renovación en la prensa y en los centros docentes de la Isla antillana que intensifica su cultura. Sin embargo, no desconoce los prodigios de la autoeducación. Decía el eminente profesor de la Universidad de Buenos Aires Alberto Colmo en memorable conferencia que dictara sobre "La Cultura y la Universidad", que ésta ha de ser órgano y expresión de la cultura nacional. Citaba numerosas y destacadas figuras de la República Argentina y del mundo que nada debieron a la Universidad, sino a los propios esfuerzos de autoeducación. ¡Ni siquiera títulos académicos poseyeron esos luminosos varones! Quiere que las universidades, más que máquinas de superproducción profesional, sean centros de cultura que desenvuelvan el progreso nacional. No han de ser creaciones anémicas, sino organismos robustos.

Surge la inquieta pregunta de si en las universidades se ilustra, llenando las mentes juveniles de mil nociones, o más bien se educa, formando hombres de moralidad y provecho, valiosas fuerzas nacionales.

Cuando en máximos salones universitarios se contemplan los variados retratos, sin expresión unos, apergaminados otros, de tantos individuos que aspiran a ser inmortales porque ejercieron autoridad, nos interrogamos si la patria les bendice, si la posteridad les recuerda, si fueron rabinos y apóstoles auténticos o tristes medianías brotadas a merced de la suerte o las influencias políticas. ¿Sirvieron para algo extraordina-

rio las representaciones de esos grandes cuadros decorativos y en marco de oro?

En la historia ecuatoriana, ¿se debe a la cultura universitaria el amplio saber y la formación del carácter de Montalvo, González Suárez, Juan León Mera? ¿Por ventura salió de la universidad el gran reformador Eloy Alfaro? Si algunos se pasaron por sus aulas, nada de extraordinario aprendieron. Los viajes, el largo estudio, el abandono de la profesión ensancharon el espíritu y educaron a preclaros ingenios como Olmedo, Rocafuerte, García Moreno. La universidad a muchos no les dió sino el título de doctor. ¿Qué decir de Calle, Martínez, Dillon? No negamos que unos pocos de la universidad recibieron su herencia intelectual; pero son muy pocos. La tiranía profesional mató iniciativas y altos vuelos geniales. "Universitario que sólo sirve para cosas profesionales es universitario muy a medina, observa el doctor Colmo. Se concibe que no todos, ni aun la mayoría, se consagren a la cultura. Pero de ahí a que ninguno lo haga va distancia.

"Más lo triste es que no sólo no sean exponentes culturales, sino que no se revelen ni aun en sus correspondientes especialidades. Nuestra ciencia matemática, física, etc., jamás acaba de salir de los pañales. Nuestra disciplina social o jurídica, histórica o económica, educacional o financiera, no es, dejando contadas y no altas excepciones, un crédito espiritual para el país".

Es hondo el reparo que hace de que en varias naciones de América hay relativamente más doctores que en la culta Alemania. "Cuando un título es así prodigado es que ya nada vale", añade el doctor Colmo.

Con todo, no pierde la esperanza de que las universidades modifiquen su plan cultural y se orienten mejor, dejando su enseñanza pasiva, dogmática y memorista y concretándose a despertar ideas e iniciativas, para que la personalidad se destaque. Confiemos en que el joven universitario no ha de estudiar únicamente para ser aprobado, sino para calar hondo en su es-

píritu, ilustrarse y disciplinarse, pulir los sentimientos, retesar el carácter y apereibirse a las enormes campañas y a las nobles cosas. Así se obtendrán los propios valores, los talentos singulares no sujetos al molde común y encerrados en estrecho círculo reglamentario.

"Parecerá extraño, continúa el doctor Colmo, el dejo de criticismo y amargor que entraña mi exposición, por emanar precisamente de un universitario. Es verdad, a propósito, que como estudiante debo poco a la universidad. Sin prejuizar lo que pueda haber ocurrido a otros, no he tenido la fortuna de contar con profesores que efectivamente me enseñaran y educasen. Lo poco, lo desgraciadamente muy poco que hay en mí, es obra de autoeducación."

La sapiencia, el trabajo benedictino de esa cumbre asombrosa de la jurisprudencia llamada Luis Felipe Borja ¿se engendraron en la universidad?

Tal habría que preguntar de Henríquez Ureña si todo lo que es lo debe a la universidad, o al periodismo, a los viajes, a la experiencia adquirida, al estudio afanoso.

El inspirado poeta y escritor, es hábil diplomático. Lució primero su talento en la Cancillería dominicana. Representó después a su tierra en Londres y allí le sorprendió esta terrible segunda tragedia mundial. Ahora es Ministro de la República Dominicana en Méjico.

Justifícase la calificación de Galdós moderno, en su cara Ciudad Trujillo, por los jugosos capítulos de historia que ha comenzado a escribir, con ágil pluma, castiza y abundante en escenas que no sólo a su nativo suelo atañen, sino al continente, ya que se rozan con excelsos personajes como Bolívar.

La primera serie publicada en París, a la manera de los célebres episodios nacionales galdosianos *La Independencia Efímera*, en la que, ceñido a la historia y sin dejar en segundo plano el movimiento, amenidad y conservación de los personajes, destaca la figura de Núñez de Cáceres, "el primer dominicano que se abrazó al

iden de la independencia y luchó por convertirla en realidad".

Haciéndole justicia al precursor dominicano, intuye su carácter, acentuándolo más, no sólo con cuanto de los archivos y fuentes bibliográficas desentraña, sino con la sagacidad que pone para columbrar las virtudes de este "espíritu superior". No sólo nerviosamente narra los sucesos del fugaz ensueño de la independencia dominicana y de los esfuerzos en conseguirla, sino que pone ante nuestra vista el sometimiento a la República de Haití. En las cálidas páginas asistimos al acto doloroso de que flotara en la augusta y primada ciudad de Santo Domingo el pabellón haitiano y de que penetrara en ella el ejército invasor al mando del general Borgellá.

Palabras de miel para atenuar la ansiada hegemonía dominicana y la dura realidad fueron las pronunciadas en francés por el presidente Boyer:—"No quise aceptar las llaves de la ciudad, porque, en efecto, no he venido aquí como conquistador, no es la fuerza de las armas la que me ha traído, sino antes bien la voluntad de los habitantes que me llamaron libremente para garantizarles derechos y ventajas de que nunca habían disfrutado."

Pero ya antes como defensa de su pureza de intenciones, como brote de su derecho lastimado, el Dr. José Núñez de Cáceres, que estuvo a punto de ostentar "la toga de oidor en Quito", había lanzado estas elocuentes palabras:

"Toda política llamada a trabajar en la constitución de los Estados y en esa misma transmutación de diferentes pueblos en uno solo, ha tenido en cuenta siempre la diversidad de lenguaje, la práctica de una antigua legislación, el poder de los hábitos que tienen su raíz en la infancia y la desemejanza de costumbres hasta en el alimento y el vestido, de igual suerte que pueden tener gran influencia en sus decisiones la antigüedad del territorio y la proximidad de los límites. La palabra es el instrumento natural de comunicación entre los hombres: si no nos entendemos por medio de la voz, no hay co-

municación, y he ahí ya un muro de separación tan natural como insuperable, igual quizás a la interposición material de los Alpes y los Pirineos."

La emocionante escena termina con la llegada de don José a su casa, en la que sin tratar de consolar al patricio, Juana llora y le murmura cariñosamente: "Tuviste la ilusión de crear una patria para tus hijos, y apenas le diste vida la ves muerta en su cuna.—No, Juana, no! exclamó don José alzando hacia ella los ojos proyectados:— ¡La patria no puede morir! ¡Ninguna noche es eterna en la historia!"

Tal el dramático epílogo, coronado con la gallardía y animación del diálogo, propios de Max. Henríquez Ureña. Su frase sienta plaza en las letras antillanas: arregla un tratado de música, como en la Habana, hace de ello más de cuatro lustros, analiza a los poetas de la música Schumann, Chopin, Grieg.

Empapado en la historia dominicana, varios son los aspectos antiguos y modernos que ha considerado a la luz de la filosofía y del curso de los hechos, inquiriendo serenamente las causas y pesando los efectos. Devoto de Martí, reunido, con esmero de selección, las páginas escogidas entre el tesoro intelectual del héroe.

La experiencia de sus frecuentes viajes por el Viejo y Nuevo Mundo han colmado su haber psicológico, su erudición y su espíritu observador, al contacto de diferentes pueblos y con la visión de lejanos horizontes, marcando su exquisito gusto y su crítica sutil de poeta que averiguó la influencia francesa en la poesía hispanoamericana.

Ahora le encontramos interpretando gallardamente la historia de su Nación, en labor que despeja la maraña documental, descuaja el beque y deja aclarado el campo.

Le ha seducido la manera episódica del gran viejo español que legó a su patria una cincuenta de volúmenes que abarcan la historia hispana de muchas décadas en sus cinco series de episodios, que son como la historia épica del

solar invencible que tantas muestras ha repetido de heroísmo, ayer y hoy, y siempre.

Max. Henríquez Ureña, al pronunciarse por la forma galdosiana, dice: "He elegido el procedimiento narrativo, pero no creo ocioso advertir que, para mí, la historia en forma de novela es, en cambio, la interpretación de una época, puesta en acción, en movimiento, con el ritmo de vida que seguramente tuvo."

América ha menester de esta clase de ensayos, porque en la cantera de su historia, inagotable y sorprendente, hay muchos bloques que todavía no han sido tallados por el arte narrativo y otros ni siquiera se han arrancado aún de la gigante mina.

Henríquez Ureña se ha remontado también a las antigüedades de Santiago de Cuba. En lo moderno, ha paseado su espíritu por los jardines literarios de la heroica ciudad. Labores intensas las que corona en Cuba. No se descuida de prestar intelectuales y estéticos servicios a su escuela. Lo proclaman las páginas de la antología que preparara para los niños. Con igual entusiasmo arregla las tablas cronológicas de la literatura del agradecido pueblo que culto tan ardiente rinde a Martí. Reune sus páginas escogidas y amorosamente escribe un prólogo para ellas. Dicta en la Habana conferencias, pronuncia discursos, da bellas muestras de activa vida literaria en revistas que honraron al continente como la inolvidable "Cuba Contemporánea", cuyos numerosos volúmenes son gala de la ciencia y letras del Nuevo Mundo; en "Archipiélago", engalanado con "Ritmos del marino"

Pasados los años y de vuelta a su patria, se entrega de lleno a representarla y honrarla, de cerca y de lejos no desmaya en la cívica tarea. En Buenos Aires publica "El Panorama de la República Dominicana."

En la semana que con motivo del centenario de Fernando Arturo de Meriño, dedicó la Academia Dominicana de la Historia al ilustre hijo de Antioquí, Max. H. Ureña, como miembro rele-

vante, pronunció el sexto día el discurso de orden tan aplaudido; "discurso biográfico y panegírico que a grandes rasgos destacó, a plena luz, la figura prócer del tribuno, del estadista y del mitrado."

Sean fecundas y perennes las enseñanzas que desde la tribuna anecdótica suministra a América. Vibran todavía las sentencias del Dr. Núñez de Cáceres: "Cuando los pueblos se ven reducidos a la impotencia, su más alta virtud está en callar, sufrir y esperar.... En las grandes crisis de la vida no hay mejor compañía que la soledad.... Ninguna noche es eterna en la historia"....

RECUERDOS DE SANTIAGO

Había leído en el historiador chileno Benjamín Vicuña Mackenna muchos recuerdos, leyendas y curiosidades acerca de la ciudad que riega el Mapocho. Otro historiador y diplomático, desde la paz del campo, describe cuadros santiaguinos, mezclados con reminiscencias de sus viajes. "Por los caminos del Abra" se denomina el nuevo libro del diplomático y periodista Darío Ovalle Castillo, del que he gustado jugosos artículos en el diario "El Imparcial", de Santiago de Chile. Conozco del mismo autor su obra "Oliveira Salazar Restaurador del Portugal", que relata la grandeza de un estadista dentro del desenvolvimiento de un país que renace mediante el valor, la fe y el coraje del hombre extraordinario que se preocupó de los destinos de su patria.

"Por los caminos del Abra" reúne sus evocaciones cosmopolitas, singularmente las de Chile, al tratar de su arte, de las exposiciones coloniales, de los tesoros que guardan aristocráticas mansiones, de la influencia de algunos personajes como José Gaspar Marín, Gil de Castro, los Wessel, del centenario de su capital, etc.

Estas a modo de memorias, de Darío Ovalle Castillo, que enaltece a los magnos varones de su progresista país, se enriquecen con los afectos

y simpatías que dedica a Santiago que adorna el viejo Huelén y el San Cristóbal, en medio de avenidas, jardines y el prolongado paseo de Las Delicias, escoltado por palacios y custodiado por monumentos evocadores de la independencia de este pueblo viril y de su internacional armonía.

Los cortos artículos, henchidos de añoranzas, son adecuados al vértigo de la vida periodística. Ponen también de resalto el fervoroso patriotismo del autor, al par que su espíritu de observación que no desperdició los viajes, pese a las ceremonias protocolarias y a la espuma del champaña.

Cuando el inquiridor viajero quiera revivir las cosas del pasado chileno, acudirá seguramente, entre otros manantiales, a los que ha proporcionado Darío Ovalle Castillo, de tan rancio abolengo, respaldado en sus numerosos connotados.

Surge Santiago a la memoria mía, fulgurante de luces y riquezas, en la extensión de un valle pintoresco, con su Plaza de Armas opulenta, con el monumental Santa Lucía, su Parque Forestal y su Alameda; con nombres familiares y selectos de Bascañan Guerrero y de Mackenna, de Ursúa, Hevia Riquelme, Concha, Llona y cien más que a su pueblo representan, como ediles augustos que trabajan por el progreso urbano y su belleza.

Tienen esta clase de obras de remembranza el prodigio de reproducir lo que olvidado creíamos, como si la fotografía, entrándonos por los ojos, llegara al corazón que palpita con más violencia.

Así me ha sucedido, al recorrer las hojas trazadas "Por los caminos del Abra" y toparme con el grato nombre de don Ismael Tocornal al que conocí en mi juventud. Anduve por la "Viña San José", más allá de Puente Alto. Admiré los adelantos que supo difundir este destacado político, hombre de puro civismo, patriarca de su dilecta ciudad y figura prestante, no sólo en el Banco Central. Su casa de la Calle Huérfanos era visitada por egregios personajes.

No conozco el libro de su amoroso hijo, el escritor Domingo Tocornal Matte; pero como puede apreciar sus virtudes filiales y su talento preclaro, ya me imagino la justicia que, en medio de su afecto, hará imparcialmente a su padre en la obra que ha consagrado a los treinta y tres años de la vida pública de Don Ismael, como se le llamaba con cariño y respeto.

Mi espíritu ha vibrado al releer esas breves líneas de Ovalle Castillo, el historiador de esta vieja y nueva urbe, que merece esta designación latina.

No está ausente del libro recordatorio la mujer. Entre las matronas excelsas que presenta a la veneración pública, citaré a la escritora que ilustra el seudónimo de "Iris", o sea doña Inés Echeverría de Larraín, la madre heroica y sufrida. ¡Cómo quisiera que el tiempo me fuese propicio para extenderme en el recuento de prendas morales que adornaron a mujeres ilustres como la esposa de un Presidente de Chile, que se conquistó prosélitos e impugnadores en la política, de suyo borrascosa y frecuentemente ingrata! Me refiero a doña Rosa Ester Rodríguez de Alessandri! . . .

Largo sería pormenorizar lo que me ha inspirado este libro de tantos recuerdos mentales y afectivos. Escrito con sencillez, resalta a cada paso la sinceridad, que refleja caballerosa apreciación y pulcritud de conciencia.

No comulgo con varias de sus ideas, ni soy partidario de relatos taumatúrgicos; pero no por esto dejo de apreciar lo que significa esta clase de trabajos intelectuales, crónicas a veces cotidianas que consignan la impresión del momento, el dato fugaz, el informe rápido, junto a estudios de mayor espacio, de algún detenimiento, de comprobación histórica.

En conclusión, me basta, para el aplauso, la circunstancia sentimental, evidente más que las joyas literarias y las filigranas de lenguaje, de haberse conmovido mi espíritu al acercarse a la nítida fuente de memorias santiaguinas que re-remonta a la juventud que para siempre huyó

como ave herida por crueldades e inviernos de los años.

EL HEROE ANTILLANO LUPERON

Con su espada y con su pluma, su talento y valentía, un héroe dominicano consagró sus energías a la gran patria antillana y a su cuna muy querida. Luperón entre los campos de Marte y de Clio espiga; lucha y apunta prolijo notas de autobiografía. Por ínfimos escalones, trepa hasta la gloria nítida. La Restauración su tema y la historia su fiel guía. Cuando proscrito, "El Destino" traza con mano sencilla

Virgilio Ferrer Cutiérriz, desde Cuba la rebelde, ha seguido la estela de Luperón. Este cronista y escritor, de inquietud continental, se ha ocupado frecuentemente de temas americanistas relacionados con sus distintos pueblos y con nuestra patria ecuatoriana. Tal aseveración se comprueba con su libro *Itinerario*, que nos conduce por varias ruínas, pone de resalto su devoción al Nuevo Mundo y nos demuestra el empeño con que intelectuales de laboriosidad y experiencia han de observarlo con cariño.

Ferrer Gutiérrez, que conoce la obra de civilismo y cultura, histórica y literaria, realizada por Emillano Tejera, memorable figura dominicana, tanto más simpática cuanto que defendió la autenticidad de los sagrados despojos del Descubridor excelsa, dedica un volumen al héroe antillano, casi desconocido en tierras ecuatorianas, ávidas del acercamiento continental por medio del trato con sus hombres más representativos.

Por esto, es más plausible en Virgilio Ferrer Gutiérrez su labor: por la difusión de valores y sucesos que ponen en contacto a muchas almas; por la propaganda espiritual de lo que toda América debería no ignorar, para mayor comprensión y acercamiento internacionales, de los que ha de fulgir el rayo solar de la unión fraterna que algún día disminuirá las barreras aduaneras, comenzando siquiera por destruir las vallas fronterizas espirituales que se alzan más.

a medida del desconocimiento de los pueblos

Con frases de entusiasmo, exterioriza su cariño a la tierra floreciente y bella que vió nacer al General quisqueyano Gregorio Luperón, natural de la ciudad de San Felipe de Puerto Plata

Surge el héroe por sus propios esfuerzos, como admirable lección de carácter. De humilde criollo e hijo de la morena Nicolasa Duperrón, se alza a las alturas de la gloria. "Niño pobre—que conoció desde sus días más tiernos la necesidad imperiosa de trabajar para comer— ayudaba a su progenitora en las tareas de merendero que ella regentaba". Después irá a cortar madera en los dominios del inglés Pedro Dubocq.

El joven Luperón ve indignado los hechos del déspota Pedro Santana, traidor a la causa de la libertad. Desde Sabaneta de Yásica, Luperón conspira contra la férrea coyunda española.

Desde San Lorenzo de Guayabín, lanza su viril protesta, que convoca a la unión de los patriotas, para, de un modo lícito, trabajar por el estrechamiento del partido que salve a la patria. Decía a los dominicanos: "Abrid los ojos para que os desengañéis y comprendáis que esto no es una conspiración; sólo es una causa legítima que todos unidos debemos abrazar pues no reclamamos más que nuestro derecho y nuestra libertad, que es la voz que resuena en todo el suelo dominicano..."

Fracasa la tentativa de Sabaneta, se pone a precio su cabeza. Se interna en la manigua. No cesa en sus actividades bélicas. Le vemos valeroso en la jornada de la fortaleza de San Luis. Con su renombre militar se le encuentra en Arroyo Bermejo.

Luperón no descansa ni como jefe de tropas, ni funcionario público, ni como combatiente en la villa de Moca ni otros sitios, ni como parte del triunvirato que integraron los Generales García y Pimentel, ni en su destierro ni en sus correrías por Jamaica, Haití y otras naciones, ni en sus campañas revolucionarias, ni en sus gestiones de hallar apoyo en Panamá y Venezuela, ni en su cuartel de Dajabón, etc.

Largo sería seguir al dinámico caudillo, compañero del sociólogo Hostos y colaborador, en las nobles tareas del magisterio, con el ilustre portorriqueño.

La narración de Ferrer Guitérrez está animada, no sólo por el entusiasmo, sino por el documento, singularmente las cartas de Luperón, que inserta con prolija mano.

El biógrafo *comerado* dice a los antillanos de su generación, lleno del fervor de que su libro "sirva de puente entre las islas hermanas", que Luperón fue "brida para frenar la plenitud de pasiones, para encauzar los sentimientos y ansias, y salvar a la cabalgadura del tremedo". Espuela: para estimular e incitar a proseguir la marcha por la ruta señalada, pese a las contingencias que surjan y a los obstáculos que se columbren". Brida y espuela. ¿qué gráfica síntesis más expresiva de una vida al servicio de la libertad y del dinamismo por la patria?

En el prólogo, el gran escritor Alberto Lamar Schweyer estudia el medio ingrato en que actuó Luperón. Se acuerda, con este motivo, del héroe Olmedo que en su epopeya bolivariana canta "a los héroes de Junín como si cargaran en los campos griegos", tal es el clasicismo de su epopeya desafiadora de los siglos.

Lamar Schweyer pone un gajo de laurel sobre la frente radiosa del héroe "continentalmente desconocido" y aplaude al autor de la americana biografía.

EL CENTENARIO DE JUVENTINO ROSAS

Los entendidos en arte pictórico, afirman que la subdivisión de los colores en líneas o puntos, creó el neoimpresionismo o la escuela de los divisionistas, que se empeña en dar mayor transparencia a lo que coplan de la naturaleza. Observadores artistas comprendieron que para representar un color que brota de la mezcla material, valía más, en demanda del buen éxito y del derroche de luz, acudir a la combinación óptica. Supongamos que el poeta del pincel tra-

te de formar el verde por medio del conglomerado del azul y amarillo. Pues bien, mayor efecto se obtendrá multiplicando en el cuadro líneas y puntitos amarillos y azules, que parezcan fundidos cuando a la distancia se contemplan. También crece el aspecto lumínico por medio de la ley de los contrastes entre los colores primarios y binarios, o lo que se denomina Ley de Chevreul. Admiramos en la armoniosa distribución de los cuadros del célebre Sorolla el triunfo del sol en aquellas radiantes playas de Valencia, que dejan recrearse al ojo con las costumbres marinas, pescadores, bañistas que juegan en el mar y dan al viento las amplias velas de sus ligeros botes, chiquillos desnudos que retozan en la arena, nadadores juveniles que agitan sus robustos remos. Otro tanto agregaríamos a honra del gran artista italiano Ettore Tito, el de las magníficas pinturas decorativas, los vivientes retratos y paisajes.

No de otra suerte la música impresionista, clara, sonriente de Juventino Rosas. Comprensible para todos, se diría que ha distribuido hábilmente puntitos o mejor notas de diversos colores que dan la más grata y concorde melodía. Otros serán los artistas de la técnica difícil, de la armonización refinada, del juego de sonidos que llegue al contrapunto y a la frase melódica perfecta; pero es innegable que el popular músico mexicano ha dado la vuelta al mundo con su inmortal valse "Sobre las Olas", que se toca lo mismo en la China que en el último rincón de cualquier país americano. La inspirada idea le vino de súbito: produjo tan inolvidable e insinuante composición, que se apodera del espíritu apenas se la oye. Fácilmente se la graba en la memoria, como aquella espontánea canción de Verdi en su Rigoletto, que el maestro dejara en blanco en la partitura hasta la noche del estreno, por temor de que todos la tarareasen en seguida. El notable médico y escritor doctor Juan Antigua, que residió algún tiempo en México, fue amigo de Juventino Rosas. En una entrevista

ta con M. Pérez Figueredo, le ha confiado esta opinión:

“—El vals “Sobre las olas”, es como ha dicho Herman Rosales, “la revelación fecunda de un chispazo, de un golpe de emoción que dejó vibrando para siempre en un vals el sentimiento de patria”.

“Por gusto, el sentimiento popular no consagra una composición. La melodía que despierta el sentimiento popular es la chispa que conduce a la cima de la gloria. Y esa está reservada solamente para los elegidos”....

“—No quiero asegurar categóricamente con esto, que no existe el plagio en el vals “Sobre las olas”, pero entiendo que en la vida el plagio no debe discutirse nunca. Mejor se comparte. El Himno Bayamés, usted sabe que se atribuye a melodías de una obra conocida. La dulce Marsellesa tiene en sus notas las de diversos aires populares, y así pudiéramos señalar otras famosas obras musicales. Por esta circunstancia, ¿podrá nadie discutirles su grandeza?”

“—Creo, eso sí, que Juventino Rosas, es el símbolo del temperamento mexicano en la experiencia melódica del pueblo, como de Cuba es Martí el símbolo de la libertad. Yo no estaré satisfecho hasta ver consumado el tributo de nuestra devoción plasmado en mármoles, sobre la tumba que recogió los restos del creador del vals “Sobre las olas”. Es una deuda que quisiera no abandonar la vida sin saldarla....”

“—Acercas de Juventino, tengo una serie de trabajos donde palpita la triste historia del pobre soñador que vivió la vida bajo el dolor de su amor malogrado. Aquí en esta carpeta, encontrará usted datos precisos del autor del injustamente discutido pero eterno vals”.

Y me extiende un legajo, donde ha hecho acopio de asuntos relativos todos a Juventino. Hay para formar un libro. Acaso el más interesante que pudiera editarse sobre el músico romántico y bohemio”.

El doctor Antiga ha insistido en su proyecto de que se levante en Cuba un monumento a

Juventino Rosas, que concibió el valse de tantos recuerdos "Junto al Manantial", transformarlo después en "Sobre las olas", por consejo de un amigo, que le pareció más dulce y apropiado este último nombre, que se ha vuelto célebre. México se levantó, con cívica alegría, a conmemorar el primer centenario del nacimiento de su insigne artista.

I N D I C E

Tres Poetas de la Música	3
Anforas	14
Un Perez Galdós americano	19
Recuerdos de Santiago de Chile	26
El Héroe antillano Luperón	29
El Centenario de Juventino Rosas	31
Índice	34
Algunas obras de Alejandro Andrade C. . .	35

ALGUNAS OBRAS DE
ALEJANDRO ANDRADE COELLO

- La Ley del Progreso.**—Casa de Juan I. Galvez.—
Quito.
- Vargas Vila.**—(Ojeada crítica).—Impta. del diario
Ecuador.—1912.
- Las Brumas de Antonio C. Toledo.**—Talleres "El
Comercio".—1913 —
- Algunas ideas acerca de educación.**—2ª edición.
—Impta. Municipal.—1915.
- Poésis**—1ª edición.—Imprenta y Enc. Naciona-
les.—1917.
- El Ecuador: Intelectual.**—Córdoba (Argentina).—
Impta. de Bautista Cubas.—1919.
- Tres poemas de la música.**—(2ª edición corregida
y aumentada)
- Juana de Ibarbouroou.**—Imprenta Nacional.—Qui-
to —1921
- Motivos Nacionales.**—(dos tomos).—Impta. de la
Escuela de Artes y Oficios —1927.
- Centenarios y Milenarios.**—Edición del Ministe-
rio de Educación.—1931.
- Eloy Alfaro.**—(Epitafio biográfico).—Talleres
Tipográficos Nacionales.—1934.
- Nociones de Literatura General.**—4ª edición.—
Quito —1931.
- El Ocaso de los Conquistadores.**—Imprenta Mu-
nicipal—1934.
- Quichés Auténticos.**—Impta. Municipal.—1934.
- Recuerdos de Quito.**—La Tola.—Impreso por
Néstor Romero.

- Del Quito Antiguo.**—Imprenta y Encuadernación "Ecuador"—1935.
- A través de los Libros.**—Impta. Encuadernación "Ecuador".—1935.
- Los Genios.**—Imprenta y Encuadernación "Ecuador".—1935.
- El Libro del Maestro.**—Ruta de la Escuela.— Imprenta y Enc. "Ecuador"—1936
- Manuel J. Calle.**—Orientación Periodística.— Imprenta "Ecuador".—1936.
- Algo sobre la Novela en la América del Sur.**—1937.
- En tono de la Prensa Nacional.**—Imprenta "Ecuador".—1937.
- Mujeres de España.**—La Condesa de Pardo Bazán.—Concepción Arenal.—Concha Espina.—Imprenta "Ecuador".—1937.
- El Niño.**—Notas de la Cartera de un Maestro.— Encuadernación Larrea.—1937.
- Educación del Hogar.**—Impta. "Ecuador"—1940
- Pinceladas de la Tierra.**—(Novela).—Imprenta "Ecuador".—1940.
- La Novela en América.**—(Sus raíces).—1941.
- El Canto de Ahora.**—1941.
- El Vía Crucis del Orador.**—2ª edición refundida.—1942.
- Lecturas Populares.**—1942.